

A l e j a n d r a  
C i r i z a  
E v a  
R o d r í g u e z  
A g ü e r o

## Militancia, política y subjetividad

# La moral del PRT- ERP

“No se rememora por razones arqueológicas,  
sino (personales y) políticas”.

En rememoración de mi amiga y compañera  
de militancia María del Carmen Vanella, y su  
hermana Adriana, detenidas-desaparecidas  
en Córdoba, el 20 de abril de 1976.

Alejandra C.

### 1. Políticas de la memoria: la relación entre pasado y presente

“Bajo el concepto de rememoración se puede formular esta misma exigencia desde otro punto de vista: no reproducción, sino actualización del espacio o del tiempo en el que la cosa funciona”  
W. Benjamin (1996: 140)

La idea benjaminiana de la relación entre pasado y presente es de alguna manera el signo inevitable bajo el cual este breve trabajo ha sido escrito (Benjamin; 1982; 1996). La pregunta por la vida cotidiana y el sentido de la moral que guiara la práctica política de toda una generación, mayoritariamente nacida entre los años '40 y '50, y la decisión de ceñirnos al caso del PRT-ERP, una de las organizaciones político militares que, nacida en los años '60, protagonizó muchos episodios significativos de la historia política reciente de la Argentina, tiene sentido sólo si podemos realizar una doble operación: situarla en ese punto del pasado político e interrogar acerca de su sentido hoy.<sup>1</sup>

No todo pasado puede advenir y producir en el presente efecto de sentido. Qué sentido tiene entonces preguntar por una organización político-militar de los años '70, indagar acerca de sus formas de articular política, ética y subjetividad en una coyuntura muy diferente, de la cual en todo caso lo que se

puede decir es que nos hallamos ante un futuro incierto. Incertidumbre respecto del futuro percibido como amenaza, de la relación con la naturaleza, cuyos límites aparecen bajo la forma de crisis ecológica, desertificación o agotamiento de recursos naturales, incerteza respecto de las posibilidades de supervivencia de la humanidad misma, en un continente en el cual las desigualdades se han profundizado y el hambre y la desocupación causan estragos inenarrables. Si algo caracterizó, en cambio, la militancia de los años '70 fue la certeza, a menudo arrasadora, de que el futuro advendría y sería, seguramente, mejor.

De modo que una primera mirada hacia el conocido código moral del PRT-ERP, “Moral y Proletarización” devuelve una imagen casi detenida en el espejo de un pasado remoto cuyo sentido es difícil de descifrar.<sup>2</sup> Las ideas de ascetismo extremo, de una moral con contenido material y una idea del bien nítida, clara y distinta, de un bien sin mezcla alguna de mal, asoma en las páginas del texto como un relicto del pasado. Arcaico, diría Williams, de un arcaísmo irredimible para esta edad, se dice, sin certezas (Williams, 1980).

Sin embargo algo interpela desde el “Moral” como documento que pretendía regular la vida cotidiana de los y las militantes que pertenecían a una organización armada en el fragor de la coyuntura en la que, por continuar la inspiración benjaminiana, relampagueaba ese instante en el cual, bajo el cielo libre de la historia, los y las condenados y condenadas de la tierra deseaban, soñaban, actuaban, tomar el cielo por asalto.

1 El PRT nació en 1965, como producto de la articulación de dos fuerzas previamente existentes, el FRIP (Frente Revolucionario Indoamericano Popular) y Palabra Obrera que venían de compartir una experiencia ligada a la lucha de los gremios de trabajadores de la industria del azúcar (FOTIA), en la provincia de Tucumán. En ese contexto existían ya fuertes polémicas en torno de la cuestión de la lucha armada protagonizadas por Bengoechea y Moreno.

2 [Julio Parra], “Moral y Proletarización”, en *La Gaviota Blindada*, nº 0, c. julio 1972; en adelante citado como “Moral”.

### La vida entera por la revolución. Anclajes en el contexto: un diagnóstico que justificaba la ética de la renuncia

“...la imagen del pasado corre el riesgo de desvanecerse para cada presente que no se reconozca en ella”.

W. Benjamin (1982: 107)

Uno de los puntos que mayor distancia plantea es la diferencia entre los tiempos que corren y aquella época en la cual se contaba de alguna manera con la certeza y el diagnóstico compartido por la mayor parte de las organizaciones tanto políticas como político-militares (en el entonces amplio espectro de la izquierda) de que el derrumbe del imperialismo se aproximaba y que los países latinoamericanos y del tercer mundo ocupaban un no pequeño lugar como sepultureros del antiguo orden.<sup>3</sup>

Es de alguna manera redundante recordar el clima internacional, pero tal vez valga la pena, puesto que pocas eran las razones para dudar de un futuro que se acercaba con pies de palomas, a la sombra poderosa de la Revolución Cubana y del Che, en andas de una revolución en la que los vietnamitas, pequeños e invencibles, derrotaban al imperialismo yanqui, a la luz de la larga revolución china, que anunciaba, vía la revolución cultural, un futuro venturoso de reunificación de trabajo manual e intelectual, de advenimiento del hombre nuevo. Nada de extraño tiene entonces que el llamado factor subjetivo ocupara un espacio privilegiado en los debates políticos, aún cuando sea complejo determinar en qué sentido se interpretaba la constitución del sujeto político de la revolución, qué formas de subjetivación del horizonte objetivo podían percibirse, qué márgenes era posible advertir, qué desajustes tolerar entre los deseos y avatares de la subjetividad individual y las urgencias de los procesos revolucionarios entonces en curso, cuáles los umbrales de tolerancia a la disidencia en un tiempo de certezas, cuáles los espacios de no subordinación de la densidad subjetiva a la inapelable y homogeneizadora necesidad de los procesos históricos.

- 3 “El imperialismo se encuentra en la crisis final e irreversible de su dominio” (Moral:16), decía el texto. Es importante recordar que, a partir del año '69 una serie de acontecimientos conmoveron la Argentina: desde el Cordobazo en adelante un proceso de politización y movilización callejera había generado un estado de creciente confianza en las posibilidades de edificar una sociedad diferente. Córdoba, Rosario, Mendoza incluso serían el escenario de enfrentamientos callejeros entre las fuerzas de seguridad y el proletariado urbano organizado, los grupos estudiantiles y las organizaciones de izquierda que salían a la calle a enfrentar a la dictadura. El 29 de mayo de 1969, el Cordobazo, con una ciudad marcada por fogatas y barricadas, anunciaba el final de la dictadura de Onganía y el nacimiento de una consigna que haría época: “Obreros y estudiantes, unidos adelante” (Anguita y Caparrós, Vol 1: 287).
- 4 Es interesante revisar bajo esa luz el texto de Pedro Cazes Camarero, quien hacia finales de los '80 evaluaba la experiencia de los '70 señalando el autoritarismo de las organizaciones político-militares y los efectos letales que, sobre la forma de concebir la política, tuvo la opción por la lucha armada, así como la poderosa personalidad de Santucho (Cazes Camarero, 1989)
- 5 Es conveniente observar que, a diferencia de otras formas de resistencia internacional y de las formas organizativas de las viejas Internacionales, los Foros implican a la vez un evento en el que se escenifica el avance de la conciencia de solidaridad y protección de la diversidad como capital político de la democracia y también las formas variadas de resistencia ante los efectos de las políticas económicas. Variaciones amplias, que incluyen a quienes abogan por un capitalismo más humano y a quienes desean transformarlo radicalmente, que abarca no sólo a los y las verdes preocupad@s por la suerte del planeta, sino también a las feministas y a l@s activistas por la diversidad sexual, una multitud heteróclita y diversa, difícil, muy difícil de encuadrar en función de criterios clásicos.
- 6 Los sujetos no son, desde la perspectiva que en este texto se intenta sostener, sólo el efecto evanescente de interpelaciones discursivas, sino que se hallan sujetos al orden de lo real, la real materialidad ineludible de la corporalidad humana sexuada, la real imposibilidad de vivir sin satisfacer necesidades básicas de subsistencia, de comer y dormir, la imposibilidad de elevarse por encima de la caducidad del cuerpo y de la acechanza de la certidumbre (la única, sin dudas) de la muerte (Ciriza 2004). La insistencia en la densidad de lo real, en la inercia de la experiencia, en las continuidades que nos sujetan al pasado, al oscuro ciclo de repetición del inconsciente, al modo como las generaciones muertas pesan como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos, constituye sin lugar a dudas un supuesto fuerte en la elaboración de este trabajo (Zizek, 1992; Butler, Laclau, Zizek, 2003). La reproducción de la vida humana, lenta y morosa, incluye la transmisión de tradiciones culturales y políticas, aun a través de los nombres que rememoran los nombres de los y las ausentes, de los relatos, de los rituales repetidos a través de los cuales invocamos sus memorias.

Durante más de dos décadas el horizonte de interrogación, tras las dictaduras del Cono sur y la imposición sistemática del modelo neoliberal, tras el derrumbe del muro bajo cuyos escombros sólo asomaban los renovados brotes del consumismo capitalista y un horizonte poblado de deseos de mercancías, tras la barbarie menemista, se había limitado al intento de resituar los deseos de transformación en un horizonte en el cual la cuestión de la democracia ocupó un espacio en otro tiempo inusitado.<sup>4</sup> Algo sin embargo se ha transformado a partir de la inauguración de escenarios de resistencia global. La proclama zapatista rasgó la serenidad del horizonte neoliberal, y algunos episodios internacionales como la batalla de Seattle, y los acontecimientos de Génova mostraron la posibilidad de resistencia ante las pretensiones de los poderosos de la tierra, la organización de los Foros Sociales Mundiales en Porto Alegre proporcionaron además un escenario de despliegue y reflexión para una mirada diferente.<sup>5</sup> Un cambio parece anunciarse tras el ciclo político profundamente regresivo que el mundo vivió desde la década de los '70 y la caída de la URSS.

La imposibilidad de reproducción de la vida humana bajo el capitalismo, las dificultades para articular respuestas políticas adecuadas hace necesaria una indagación en torno del asunto de las relaciones entre política y subjetividad, incluida una cuidadosa revisión de ese pasado del que algunos y algunas (hay en esto, sin dudas, más sujetos involucrados que aquellos que militamos en aquel tiempo) aún conservamos las marcas.<sup>6</sup>

## 2. Vida cotidiana y moral revolucionaria: una ética de la excepcionalidad

En un contexto de certeza respecto del porvenir, la revolución anunciada exigía la construcción de subjetividades capaces de enfrentar una coyuntura marcada por la militarización.

Las condiciones de excepcionalidad y guerra, y las necesidades de templar el ánimo para la acción heroica son sin lugar a dudas dos marcas relevantes a tener en cuenta.

Vale la pena señalar que a pocas líneas de iniciada la lectura (una

lectura por otra parte considerada como condición *sine que non* para el ingreso a la categoría de militante) el “Moral” señalaba:

“... esos hombreritos amarillos de pijamas negro se han convertido en la máquina de guerra más formidable que ha conocido la historia, porque han sabido conquistar las mentes y los corazones de su pueblo... porque han prestado particular atención a la formación política y moral de sus cuadros, de sus combatientes y de todo el pueblo” (Moral: 16).

La paradoja se hallaba sin dudas allí: se apostaba a la construcción de un sujeto revolucionario en la vida cotidiana, sin embargo esa vida cotidiana estaba marcada por la excepcionalidad del tiempo ahí, el tiempo frágil y urgente de construcción de la revolución. Un tiempo exento de dudas, como decía una canción de la época: “No podemos ser amigos del mal, al mal hay que dar maldad”.

Esa urgente impaciencia por la realización de la revolución es sin dudas un horizonte que es preciso tener en cuenta a la hora de releer el “Moral”, un catálogo de virtudes revolucionarias de un ascetismo escalofriante para quienes, situados en otra coyuntura, pueden advertir sus muchas limitaciones tanto en lo que a las relaciones interpersonales como a la sexualidad se refiere.

## 2.1. Heroísmo revolucionario: desalojar la fragilidad

Pensado como herramienta para la construcción del partido revolucionario el “Moral” está orientado a transformar a los sujetos interpelándolos en cuanto revolucionarios y militantes, de allí la minuciosidad con la que se establece la distinción entre moral burguesa y moral proletaria a la vez que se proporcionan las herramientas intelectuales para comprender las bases objetivas de la moral burguesa: no se trata sólo de una diferencia personal, no se trata sólo del deseo bienintencionado de hacer la revolución.

Nuestra conducta moral tiene profundas bases objetivas. El individualismo no es otra cosa que el efecto encarnado, en la propia subjetividad, de las relaciones sociales promovidas por el capitalismo. Una sociedad que considera a los seres humanos como predicados y los vincula sólo a partir del intercambio y el consumo de mercancías produce como efecto necesario el individualismo y la competencia salvaje de todos contra todos.

Lo objetivo, esto es, la estructura social se halla subjetivada:

“El individualismo no opera solamente en el nivel de los pensamientos conscientes, de las opiniones o ideas corrientes sobre las cosas, sino también en el nivel de las emociones, los sentimientos y los reflejos condicionados... (es) una verdadera avanzada de las fuerzas enemigas, que opera en nuestras propias mentes y en nuestros propios corazones” (Moral: 18-19).

De allí la importancia de producir modificaciones desde la práctica misma: la proletarianización distaba de ser una consigna ingenuamente obrerista: se trataba de “compartir la práctica social de la clase obrera, su modo de vida, y su trabajo” (Mo-

ral: 21). He aquí la tensión en su máxima expresión: una organización que insistía de una manera recurrente sobre la subjetividad revolucionaria parecía no dejar espacio en la subjetividad para ninguna otra dimensión que la internalización de la estructura objetiva. Expresión tal vez de aquello de que si el mundo se ve invertido es porque lo está, el “Moral” constituía la cristalización normativa de aquellos conceptos que, al ponerle límites a las posibilidades de deslizamiento y sustitución de las representaciones simbólicas, permiten interpretar los significados de éstos y determinan los modelos a seguir.<sup>7</sup>

Si el individualismo constituía una amenaza real, y si el “Moral” se ocupa de la descripción minuciosa de las posibles encarnaciones de las relaciones de producción capitalistas porque ellas penetran al partido: las facetas del individualismo, como “las generaciones muertas pesan como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos”: el subjetivismo; es decir, la inevitable tendencia a confundir nuestros deseos con la realidad; la autosuficiencia, que nos conduce a menudo a la irreflexiva desconsideración de las opiniones ajenas; la búsqueda de prestigio; el espíritu de camarilla; el liberalismo, el temor por sí mismo, no son eliminables por la simple incorporación al partido, constituyen un ejército de amenazantes fantasmas que sitian la subjetividad revolucionaria acechando la oportunidad para entrar en sus redes a los y las militantes (Moral: 22-26).

Una ascética vigilancia de sí, puesta en práctica a través de la internalización de las virtudes de la clase y de las reuniones de crítica y autocrítica constituían un arma poderosa que era preciso ejercitar. Modificar las prácticas constituye la clave, de allí la noción de proletarianización, pues las virtudes revolucionarias: paciencia, espíritu de sacrificio, humildad, sencillez, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo, lejos de ser rasgos individuales o características subjetivas, son características objetivas, producto de la internalización de la situación de clase (Moral: 26 y ss.).

Sólo la proletarianización, el llevar una vida acorde con la de las masas, organizando la vida cotidiana en el justo reparto de las tareas y en el escrupuloso cumplimiento de las responsabilidades asignadas, garantizaría la posibilidad de transformación subjetiva para cada revolucionario/a.

Si para la conducción del PRT-ERP la construcción de una “nueva moral” —capaz de reemplazar a la “moral burguesa”— era una herramienta tan imprescindible para la victoria revolucionaria, tanto como la lucha ideológica, económica y político-militar, la nueva moral está cruzada de una inevitable tensión: práctica de borde desde la cual ha de superarse el límite de la moral burguesa, construcción de una nueva subjetividad edificada sobre los antiguos cimientos del individuo burgués, paciente construcción cotidiana bajo las excepcionales condiciones de la práctica de la guerra: “así como la sociedad socialista sólo puede aparecer como superación dialéctica de la sociedad capitalista, la moral socialista y su embrión, la moral revolucionaria, sólo puede aparecer como superación dialéctica de la moral burguesa” (Moral: 16-17).

¿Cuáles son, pues, esos puntos de tensión?

7 Eva Rodríguez Agüero retoma de Joan Scott cuatro dimensiones de la categoría de género a fin de analizar las relaciones sociales basadas en las diferencias que se perciben entre los sexos; como una manera primaria de significar las relaciones de poder, a saber, los símbolos disponibles culturalmente que evocan representaciones múltiples y contradictorias; los conceptos normativos, que definen las interpretaciones de los significados de los símbolos, las instituciones sociales y organizaciones, y la identidad subjetiva (Rodríguez Agüero, 2004; Scott, 1993).

### 3. El cuerpo, los hijos, el amor

#### 3.1. Sobre el cuerpo y la diferencia entre los sexos. Mujeres militantes

La caracterización de las condiciones de la Argentina como de guerra revolucionaria, la asunción de la revolución armada como el contexto de desarrollo de la tarea revolucionaria, y las exigencias de un ideal que tendía a privilegiar la revolución como horizonte y dimensión central de la vida, incluso de las relaciones más personales, se liga en no menor medida a las formas de concebir y significar los cuerpos.

Pensado en ese sentido cabe retomar la idea planteada por Héctor Schmucler, quien ha señalado que muchos de los ideales de los años '70 sólo podían sostenerse sobre la base de una concepción del cuerpo de los y las militantes como una instancia táctica al servicio de la revolución. De este modo, la práctica de la militancia revolucionaria operaba una escisión entre *cuerpo del sacrificio* y *cuerpo del deseo* (Schmucler, 2001).

Las formas de concebir la maternidad, la pareja, el amor, la crítica de la frivolidad burguesa y la reivindicación de un sentido denso, trágico, pleno de la vida, operaba como la condición de visibilidad del cuerpo, que era necesario poner en la guerra revolucionaria, pero también como renegación de su vulnerabilidad, de su fragilidad, del dolor.

En un polémico —aunque notable— trabajo (“Testimonios de los sobrevivientes”), Héctor Schmucler advierte cómo el cuerpo de los militantes populares de los años '70 era concebido como una instancia táctica al servicio de una técnica política. Schmucler señala que: “la revolución aparece como una máquina que utiliza los cuerpos de los hombres [en sentido genérico] para sus fines propios; la revolución pasa a ser un monstruo al que se sirve” (Schmucler, 2001).<sup>8</sup> Y continúa: “la izquierda olvida, negándose a sí misma, las preguntas centrales que le darían sentido. De qué nueva manera se relacionan los hombres entre sí, cómo cambia la relación de cada hombre con su cuerpo, cómo se modifica el vínculo de los seres humanos con la naturaleza, en fin, qué nueva cultura propone” (Schmucler, 2001).

Desde la perspectiva de Schmucler la política, concebida como técnica tiende a anexar a sus necesidades toda otra experiencia y a convertir a los hombres y mujeres reales en sujetos separados: los que desean, por una lado; los políticos, por el otro; operando una escisión entre cuerpo del “deseo” y cuerpo del “sacrificio”. Dentro de esta concepción política, sostenida sobre todo por los grupos militarizados de la época, el cuerpo de los y las militantes —al igual que el de sus compañeros— *debía* ponerse al servicio de la maquinaria de la revolución y desalojar para siempre la fragilidad.

Seguramente hay un punto en el cual esto es verdad, sin embargo, aun un paso más allá, probablemente invisibilizado por la violencia de la derrota, el horror de la tortura, el espanto inextinguible ante las violaciones y vejaciones en las cárceles y los centros clandestinos de la dictadura: el deseo de la revo-

lución, la alegría de la fiesta colectiva, el sueño utópico y sin concesiones en nombre del cual la vida propia nada valía sin la revolución. Como Castelli, muchos de aquellos jóvenes y muchachas no plantarían un árbol ni escribirían un libro, sólo habrían pronunciado palabras y ejecutado actos, puesto el cuerpo en nombre de la revolución (Rivera, 1987).

Hay un punto en el cual sin embargo Schmucler acierta: la revolución, a menudo concebida como una meta abstracta, como un fin sin que interesaran los medios, contribuyó al borramiento de la percepción de las consecuencias psíquicas y políticas de las diferencias entre los cuerpos sexuados, a suprimir en aras del ideal todo aquello que fuera obstáculo a la determinación de continuar, incluida la propia subjetividad.

A tono con la izquierda de la época (y probablemente a tono con la izquierda a secas) la percepción de la especificidad de la opresión de las mujeres pasa inadvertida: producto de las contradicciones típicas del capitalismo, la subordinación de las mujeres es interpretada en los mismos términos que en los textos de Engels quien, sin lugar a dudas, había podido advertir bastantes más matices que sus herederos de izquierda en general, los y las integrantes del PRT-ERP incluidos (Engels, 1971).<sup>9</sup> En el apartado “El Papel de la Mujer”, se establece una distinción entre las diferencias que derivan del papel de madre que “biológicamente” deben cumplir las mujeres y los elementos puramente sociales de aquella opresión. Si las “limitaciones biológicas debieran ser integradas dentro “del planteamiento ético revolucionario”, las segundas, deben ser combatidas (Moral: 33). Sin embargo “es claro que durante el embarazo y la lactancia, la maternidad plantea obligaciones especiales” (Moral: 33). Y, si bien antes se había señalado que la responsabilidad de los hijos debía ser enfrentada por ambos miembros de la pareja, en este apartado se llama a las compañeras a “asumir esta realidad y no creer que al ser madres podrán militar de la misma manera... estas limitaciones se deben comprender revolucionariamente, como impuestas por la tarea superior de educar a las futuras generaciones revolucionarias (y deben ser) compensadas prácticamente con otro tipo de actividades viables, como por ejemplo el estudio” (Moral: 33). Esta noción de la maternidad —ligada a la idea de que existe un insoslayable destino biológico para las mujeres y que además éste debe subordinarse al proyecto de la revolución— deriva en un planteo que termina postulando abiertamente una división sexual de la militancia.

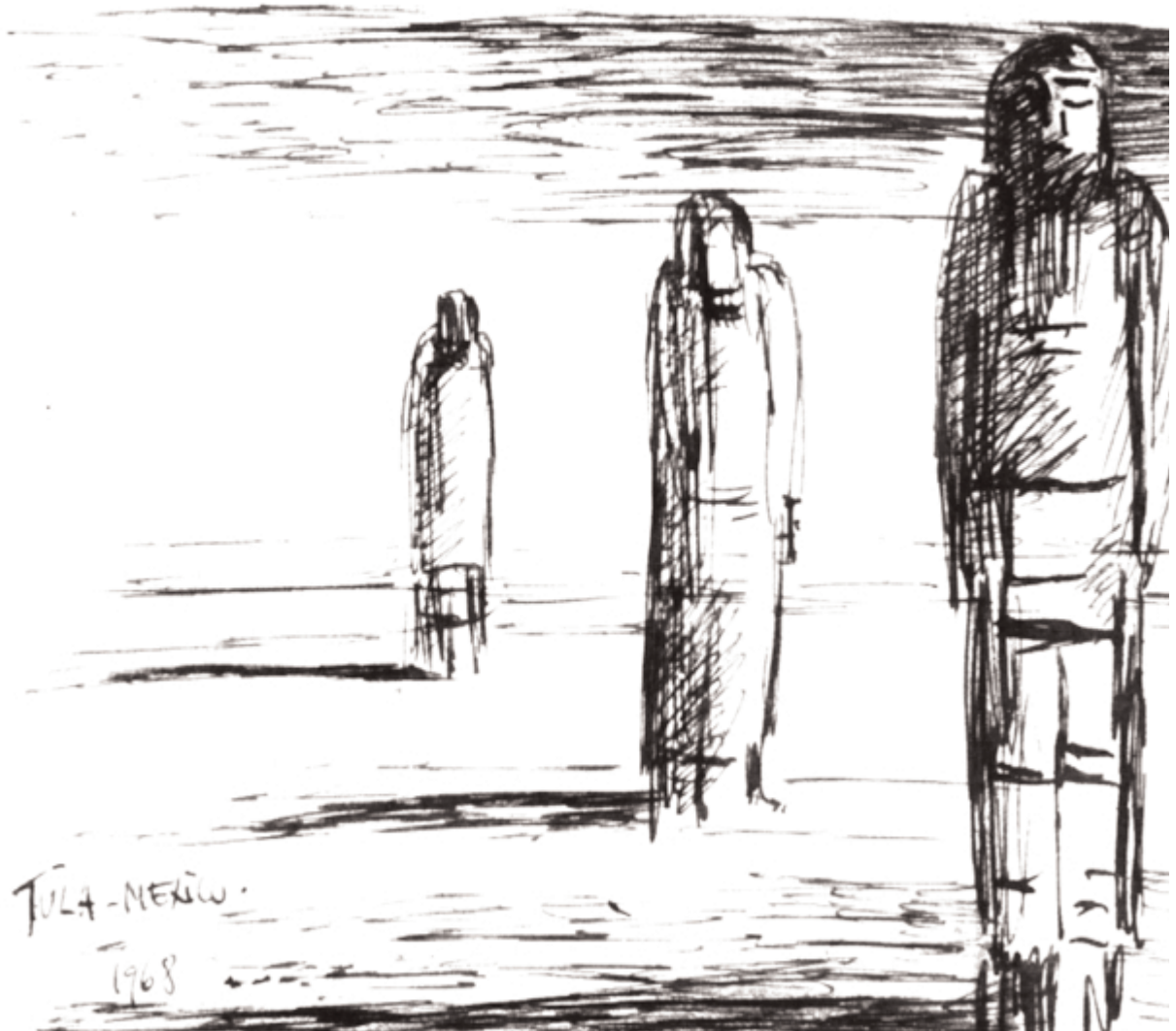
Sobre el final del cuadernillo se realiza un llamamiento a las organizaciones revolucionarias “a tomar entre sus reivindicaciones la liberación de la mujer”, pero sin apartarse un ápice del análisis tradicional de la izquierda sobre el tema (Moral: 34). Es decir, circunscribiendo esta lucha a: la eliminación de la doble explotación ejercida por el capitalismo a través de salarios inferiores, precarias condiciones de trabajo y “*atentados al pudor* perpetrados por los patronos” (Moral: 34, el destacado es nuestro).

El “Moral” contemplaba la diferencia entre los sexos, lo hacía, sin embargo de un modo un tanto tradicional, apelando a la

8 La aclaración entre corchetes es nuestra.

9 Acerca de las diferencias entre Engels y Marx respecto del asunto de la subordinación de las mujeres y sobre las formas de recepción que la izquierda argentina produjo en los años 70 de los clásicos del marxismo se realiza una evaluación en Rodríguez Agüero, Eva, “Feminismo y Vanguardia política y cultural en la revista *Crisis*, Argentina, 1973-1976”, tesis inédita, Mendoza, 2004.





Los gigantes de Tula, México, 1968

obediencia y subordinación de las mujeres, al silenciamiento de las emociones, a la contención extrema. Es interesante en este punto retomar el testimonio de una militante, años después del golpe militar, cuando rememora los avatares de su cuerpo y su subjetividad:

“Yo estaba de 7 meses, y se me ponía la panza dura cuando iba a salir para alguna acción o cuando volvía. Mi responsable me dijo: “el cagazo que tenés se lo transmitís al bebé. ... poner la panza dura es como una defensa. Y yo lo sentía como una ofensa, porque no podía aceptar que tenía miedo. Así que le discutía que era por el factor RH negativo. En la actualidad, sin embargo, al pasar por lugares donde he estado en situación de riesgo me corre un frío por la espalda, igual que en aquellos momentos, cuando al terminar un operativo cruzaba la calle y tenía la sensación de que iba a ser baleada por la espalda... ¿Se puede acaso vivir sin emociones? No, pero en ese período las emociones estaban cercenadas...” (Diana, 1996: 164).

### 3.2. El amor, la pareja, la moral sexual

Se ha dicho que el “Moral” establecía el horizonte normativo respecto de las reglas éticas compartidas por los y las revolucionarios, incluida la moral sexual.

Hay en este punto, sin dudas una tensión entre las reglas expresas acerca de lo correcto en cuanto al sexo y la pareja, que podrían hacer pensar en un severo racionalismo que permitiera encarnar una moral de ascetismo austero y monogámico y la apasionada visión de la vida, el amor y la pareja que un tiempo de densidad moderna y trágica deja entrever.

Dice Alicia Stolkiner: “En una sociedad de cuerpo presente, el amor, la solidaridad y el sexo encontraron por momentos una conjunción con pocos antecedentes en la relación entre géneros. El uso de la palabra compañero, compañera para designar a la pareja dejó atrás la institucionalidad de esposo, esposa, la pureza supuesta del novio, novia y la clandestinidad de los amantes. Indicaba lo común, lo compartido, la alianza de no agresión entre los que se enfrentan al poder” (Stolkiner, 1999: 11).

Es interesante la observación de Luis Mattini: “Otro rasgo muy marcado fue el puritanismo... muy marcado en las relaciones hombre-mujer... Entre el '68 y el '70 el PRT sufrió un proceso de revolución ideológica que consistió en rechazar todo lo que había sido la izquierda de los '60. El nuevo reglamento rechazó el liberalismo de las costumbres. Modas, gustos, pelo largo, amor libre... Las compañeras se distinguieron por su grado de compromiso combatiente” (Diana, 1996: 370 s.).

A tono con una larga tradición dentro del marxismo, la perspectiva sostenida en el “Moral” insistía sobre la base material, entendida en el sentido de praxis política consciente, de la pareja: una “relación integral entre los miembros que tiene como base la actividad social de los mismos... su relación revolucionaria” (Moral: 29).

De alguna manera se apostaba a la purificación del sexo, el inconsciente, los avatares del deseo, el amor y sus fantasmas de celos y excesos, a la edificación de una nueva moral sostenida sobre un trabajo de renuncia, ascetismo y paciencia, de cuestionamiento radical de la moral burguesa, tanto en su versión tradicional como en la nueva versión de “la moral bur-

guesa tradicional (que) aparenta revolucionarse a sí misma” (Moral: 28).

El “Moral” sigue: “algunos comentaristas la han dado en llamar revolución sexual. Esta falsa revolución consiste en volver del revés los conceptos burgueses tradicionales sobre la familia, la pareja y el amor (...); pero siempre dentro del terreno de la hegemonía burguesa” (Moral: 28). También realiza una severa crítica al “amor libre”, señalando que si bien “aparentemente liberaría a los miembros de la pareja”, lo que en realidad hace es “despojar al amor de su carácter integral (...) para osificarlo y unilaterizarlo en un sólo aspecto: el del sexo y sus manifestaciones más elementales” (Moral: 28).

En un mundo donde el deseo de la revolución se perfilaba como el único posible poco espacio había para algún otro más.

Desalojar el sexo, el temor, la fragilidad, imaginar un cuerpo obediente y disciplinado para ponerlo al servicio de la revolución, pero no poder evitar la conmoción del miedo y el deseo.

Austeridad y ardiente paciencia, la crítica de la moral tradicional se realizaba no por la vía de la emancipación y la liberación del deseo, sino por la contención de los aspectos irracionales en el intento de construir, por ascesis y renuncia, una versión revulsiva de otra moral, sin concesiones, una exasperada purificación de los deseos individuales en aras de un deber ser marcado por una exaltada gravedad.

Los y las militantes de entonces tomaban la vida (tal vez porque estaba cercada por la muerte y el riesgo) con exceso de seriedad.

### 3.3. Los hijos: desgarrar la subjetividad

Uno de los puntos probablemente más problemáticos del “Moral” (y de la moral del PRT-ERP) residió en el asunto de la crianza de los hijos, puesto que constituye el nudo en el que se cruzan las hebras de la subjetividad y la política, del presente revolucionario y guerrero y el tiempo futuro de advenimiento de la nueva sociedad nacida de la revolución, para la que los hijos e hijas debían ser educados.

De allí la relevancia asignada a la cuestión: tener hijos (e hijas) forma parte de la vida militante, educarlos, se remarca, es “tan importante como cualquier otra tarea político-militar —pues se trata nada menos que de la educación de las futuras generaciones revolucionarias, las que tendrán en sus hombros la tarea de construir el socialismo” (Moral: 33).

La tensión inevitable entre el reconocimiento de los hijos como sujetos históricos y el imperativo de sostener a cualquier precio la conducta revolucionaria asoma en el escueto mandato: “los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces los riesgos” (Moral: 32).

Los/las hijos/as, que debían ser protegidos, cuidados y amados como niños (niñas) y no como adultos enanos a la vez debían ser, sin embargo, criados de manera colectiva, apuntando a la supresión de la familia burguesa y su sentido de propiedad respecto de la prole. De allí que se sostuviera: “lo que los niños necesitan no es tanto su padre o su madre, sino la imagen del padre y de la madre (...) y estas imágenes son perfectamente intercambiables” (Moral: 32). Probablemente fuera en parte producto de la asunción de la violencia

del enfrentamiento político y de los riesgos asumidos por una organización que, cada vez más, debía considerar las bajas que podían darse entre los y las militantes asumiendo con “seria atención (...) el cuidado de los hijos de los compañeros muertos o prisioneros, (...) sin establecer diferencias odiosas entre hijos propios y ajenos” (Moral: 33).

Sin lugar a dudas era, probablemente, imposible imaginar la brutalidad de la derrota, la fragilidad y el dolor cuando aquello, hasta un cierto punto simbolizado, irrumpiera como realidad. El testimonio de la Gringa, una militante del PRT cordobés, recogido por Marta Diana señala:

“Una compañera, la sargento Clara, tenía que hacer un operativo y me dejó a su beba de seis meses para que la cuidara. Como yo también tenía que salir, la dejé con mi madre, y volví a la hora de almorzar. Mientras mirábamos el noticiero... y yo ya estaba viendo que faltaba poco para llevar la beba a mi compañera... apareció la imagen de Clara, muerta en la vereda de un barrio. Es algo imposible de describir lo que sentí con esa beba en brazos mientras contemplaba la imagen de su madre muerta” (Diana, 1996: 185).

El hiato entre la norma y la irrupción de lo real en un contexto de extrema crueldad, cuando lo cotidiano se iba transformando cada vez más en un espacio no sólo incierto, sino cada vez más siniestro, produciría desgarramientos subjetivos difíciles de saldar. No sólo por cuánto sea de dificultosa la tramitación del dolor en cualquier vida humana, ni por cuánto de la melancolía sea inherente a la imposibilidad de tramitar dueños sin los rituales debidos, sino por la forma del mandato y la exigencia expresa de excepcionalidad.

Pese a las previsiones relativas a asumir la crianza de los hijos, la brutalidad de la derrota hizo que la mayor parte de los hijos e hijas de los y las militantes que pudieron ser recuperados lo fueran por sus familiares directos, abuelos, abuelas, tíos.

#### **4. Sobre lo personal y lo político: política y subjetividad en tiempos de revolución**

El “Moral”, como conjunto de conceptos normativos que debían ser encarnados por los y las militantes del PRT-ERP muestra hasta qué punto lo objetivo de la clase y de la actividad política debía ser subjetivado en una coyuntura revolucionaria. Se trata pues de una curiosa forma de pensar la relación entre lo político y lo personal.

Sólo esta incorporación de lo político, la capacidad para subjetivar las capacidades emancipatorias de la clase, constituía la vía de corte respecto del individualismo burgués, amenazante y recurrente, corrosivo de la disciplina militante, ácido disolvente de la posibilidad efectiva de tomar el cielo por asalto.

Por decirlo de alguna manera se trataba de una forma de subjetividad absorbida sin resquicios por el deseo de la revolución. Esto es: de subjetividad, pero de una subjetividad plenamente política, donde lo personal, incluido lo más hondamente personal: el propio cuerpo, el amor, los hijos, hubieran sido absorbidos por la determinación, por la voluntad de llevar a cabo la revolución hasta sus últimas consecuencias.

Señala Luis Mattini: “En efecto, Santucho usaba el vocablo ‘determinación’ no solo en su segunda acepción semántica (osadía, audacia) sino principalmente en su versión filosófica

sartriana del acto de voluntad. La determinación, para Santucho era el acto de tomar partido: la decisión. Pero lo notable y lo vigente, es que este concepto en Santucho no era una simple idea, sino que él era la determinación en persona o la personalización de la determinación. La determinación = deliberación-determinación-ejecución lo atravesaba como una pasión” (Mattini, 2003).

Sin lugar a dudas se puede argumentar con un grado razonable de verosimilitud que de lo que se trata es simplemente de determinismo de la voluntad, de una suerte de enfermedad infantil heroica propia de los ‘70, producto de la asunción del guevarismo, que de lo que se trata es de la simple asunción de la propia vida como un instrumento a la mano de la revolución abstracta y demolidora que hizo posible la transmutación de los cuerpos de los y las militantes en cuerpos del sacrificio.

Y es que, desde nuestro punto de vista, de esta tensión ambivalente se trata: encarnación de la voluntad de tomar el cielo por asalto, de una determinación que permita corporizar el deseo de la revolución, no sólo la obediencia meticulosa a los mandatos del partido (Flax, 1990; Ciriza, 2004). Ese “plus” permitiría verdaderamente organizar la vida sobre el eje de la revolución: “cuando de la propia decisión depende avanzar o retroceder bajo el fuego enemigo, cuando de la propia decisión depende delatar o callar bajo la tortura, ante la amenaza inmediata de una muerte real o simulada” (Moral: 26).

Debió ser posible la disolución de los límites entre lo político y lo personal, la erradicación de toda forma de individualismo y mezquindad pues el individualista tenderá a ser débil. “Lo que en la práctica cotidiana aparecía como defectos menores de compañeros aparentemente excelentes se revelará en esos momentos en toda su magnitud, como el verdadero cáncer de cualquier organización, la lacra... que puede llevar al desastre a los revolucionarios mejor intencionados... (pues) el militante que teme perder la vida, resultar herido o mutilado física o mentalmente, se convierte en un peligro para la organización; puesto que “retrocede ante el fuego enemigo (y) delata ante la tortura” (Moral: 26).

De esto se trataba: de la exaltación de una forma de subjetividad plenamente absorbida por el deseo político de la revolución, de una subjetividad capaz de borrar sus límites individuales en el objetivo colectivo y apasionado de la revolución. En el límite, es claro, podía transformarse en la disolución de la tensión, en obediencia ciega a los mandatos del partido.

Sin embargo latía sin lugar a dudas, aun cuando fuera dificultoso advertir los meandros morosos y densos de la subjetividad individual, un deseo de constituir sujetos autónomos, capaces de tomar el cielo por asalto convencidos de que lo hacían con plena comprensión de sus objetivos, encarnando plenamente el deseo de la revolución, coherentes portadores en el presente de un futuro gozoso para la humanidad.

La dificultad, entonces y ahora, continua residiendo en la tensión que permita tejer los nexos adecuados entre sujeto político y subjetividad individual, esa tensión que permita respetar objetivos colectivos sin arrasar la vida personal, esa tensión que permita exceder la contemplación narcisista y auto-satisfecha de sí, que habilite para una cuota de renuncia en orden a lo colectivo sin transformarse en una práctica ascética de la renuncia a toda dimensión personal.

### Referencias bibliográficas

- Anguita, Eduardo y Martín Caparrós (1998), **La voluntad**, Buenos Aires, Norma, 3 vols.
- Benjamin, Walter (1982), "Tesis de Filosofía de la Historia", en **Para una crítica de la violencia**, México, La nave de los locos.
- Benjamin, Walter (1996), **Escritos autobiográficos**, Madrid, Alianza.
- Butler, J. / E. Laclau / S. Zizek ([2000] 2003), **Contingencia, hegemonía, universalidad, diálogos contemporáneos en la izquierda**, México, FCE.
- Cazes Camarero, Pedro (1989), **El Che y la generación del '70**, Buenos Aires, Dialéctica.
- Ciriza, Alejandra (2004), "Sobre las relaciones entre psicoanálisis y filosofía. A propósito de la pregunta por el sujeto en algunos escritos de Judith Butler", mimeo inédito.
- Diana, Marta (1996), **Mujeres guerrilleras, la militancia de los 70 en el testimonio de sus protagonistas femeninas**, Buenos Aires, Planeta.
- Engels, Federico ([1884] 1971), **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado** (traducido por Juan Antonio de Mendoza, primera edición castellana en 1933), Buenos Aires, Claridad.
- Flax, Jane (1990), **Psicoanálisis y feminismo, pensamientos fragmentarios**, Madrid Cátedra, 1995
- Mattini, Luis (2001), "Reencuentro con Mario Roberto Santucho", La Fogata digital, Fecha de Publicación: 19 de julio de 2001, <http://www.lafogata.org/recopilacion/mattini3.htm>
- Mattini, Luis (2003), "Santucho y la determinación", La fogata digital, 19 de julio de 2003, <http://www.lafogata.org/recopilacion/mattini3.htm>
- Olivencia, Victoria (2003), **Testimonios de mujeres militantes encarceladas durante la dictadura militar. Memoria, política y subjetividad (1976-1983)**, Mendoza, Mendoza.
- Rivera, Andrés (1987), **La revolución es un sueño eterno**, Buenos Aires, Alfaguara.
- Rodríguez Agüero, Eva (2004), "Feminismo y Vanguardia política y cultural en la revista Crisis, Argentina, 1973-1976", Tesis Inédita, Mendoza.
- Schmucler, Héctor (2001), "Testimonios de los Sobrevivientes", artículo inédito.
- Scott, Joan (1993), "El género una categoría útil para el análisis histórico"; en C. Cangiano y L. Dubois (1993), **De mujer a género**, Buenos Aires, CEAL.
- Stolkiner, Alicia (1999), "El amor militante", en revista **Los 70, política cultura y sociedad**, Buenos Aires, n° 5.
- Williams, R. (1980), **Marxismo y literatura**, Barcelona, Península.
- Zizek, Slavoj ([1989] 1992), **El sublime objeto de la ideología**, Buenos Aires, Siglo XXI.

### Fuentes

- [Julio Parra], "Moral y Proletarización", en **La Gaviota Blindada**, n° 0, c. julio 1972.